

de su conducta. Todas estas consideraciones le hicieron barruntar la necesidad de mantener la posicion que habia tomado, y vió que para librarse de los inconvenientes en que le habia precipitado su arriesgado procedimiento, era necesario aventurar otro aun mas arriesgado. El peligro era grande á la verdad, pero eran mayores los recursos de su genio: asi es que, despues de haber examinado todas las cosas con la mayor atencion, se decidió por una idea tan atrevida como estraña. Resolvió ir á prender á Moctezuma en su palacio, y traerle preso al cuartel de los Españoles, con la esperanza de que apoderandose del Emperador, el respeto supersticioso de los Mejicanos por su monarca, y su ciega sumision á todas sus voluntades, pondrian desde luego en sus manos la autoridad del gobierno, ó que por lo menos teniendo en su poder unos rehenes tan sagrados, quedarian él y los suyos á cubierto de toda violencia.

Inmediatamente propuso este proyecto á sus oficiales: los mas tímidos se asombraron, y le hicieron algunas objeciones; pero los mas ilustrados y valientes, persuadidos de que este era el único medio capaz de sacarlos del riesgo que les amenazaba, le aprobaron altamente y decidieron á sus compañeros, de modo que se convino en intentar al punto su ejecucion. A la hora ordinaria de la visita que Cortés hacia diariamente á Moctezuma, pasó á palacio acompañado de Alvarado, de Sandoval, de Lugo, de Velazquez de

Leon, y de Davila, cinco de sus principales oficiales, y de varios soldados de su confianza: treinta hombres escogidos le seguian sin guardar formacion, separados, y con aire de ser solamente llevados por la curiosidad. Algunas patrullas poco numerosas fueron apostadas á ciertas distancias en todas las calles que se dirigian desde el cuartel de los Españoles á la corte; y el resto del ejército se puso sobre las armas, pronto á salir á la primera señal. Cortés y su comitiva fueron admitidos sin dificultad á la presencia del monarca, y los Mejicanos se retiraron por respeto, como acostumbraban hacerlo. El general se dirigió entonces al Emperador, y tomando un tono enteramente distinto del que habia usado en las conferencias anteriores, le vituperó el haber sido autor del atentado cometido por uno de sus oficiales contra los Españoles, y le pidió una reparacion pública, tanto por la muerte de algunos de sus compañeros, como por el insulto hecho al poderoso monarca de quien eran servidores. Moctezuma, confundido con esta repentina acusacion y mudando de semblante, sea que fuese culpable, ó sea que sintiese vivamente la indignidad con que se le trataba, aseguró su inocencia con mucha eficacia; y para dar una prueba de ella, mandó prender inmediatamente á Qualpopoca y á sus cómplices, y que fuesen al instante conducidos á Méjico. Cortés replicó que una seguridad tan respetable como la dada por el Emperador le persuadia enteramente, pero que aun se necesi-

Año de
1519.

taba algo mas para la tranquilidad de sus compañeros, que insistian en mirar á Moctezuma como enemigo, si no les daba una prueba de su confianza y afecto, dejando su palacio y viniendo á residir en medio de los Españoles, en donde seria servido con todos los miramientos debidos á un tan alto monarca. Al oír esta estraña propuesta, Moctezuma quedó mudo y casi sin movimiento: reanimado finalmente por la indignacion, respondió con entereza que las personas de su clase no estaban acostumbradas á constituirse prisioneras, y que, aun cuando él mismo tuviese la debilidad de consentir en ello, sus vasallos no sufririan que se hiciese semejante afrenta á su soberano. Cortés, queriendo evitar los medios violentos, se esforzó sucesivamente en instarle con suavidad y en intimidarle: la disputa se avivó, y hacia mas de tres horas que estaban en ella, cuando Velazquez de León, jóven valiente é impetuoso, exclamó: « ¿Para que perder el tiempo en vanas palabras? Que se deje llevar, ó le atravieso el corazon. » La voz amenazadora con que el Español pronunció estas palabras, y el terrible ademan de que fuéron acompañadas, llenáron de terror á Moctezuma. Veía este que los Castellanos habian avanzado demasiado para poder retroceder: el riesgo que le amenazaba era grande; urgía mucho la necesidad de tomar un partido; conoció la fuerza de estas circunstancias, y abandonandose á su destino, cedió á la voluntad de los Españoles.

Año de
1519.

Mandó llamar á sus oficiales, á quienes comunicó su resolucíon: ninguno de ellos se atrevió á hacerle la mas ligera observacion, á pesar del asombro y dolor de que estaban penetrados, y le acompañaron en silencio y bañados en lágrimas al cuartel de los Españoles. Tan pronto como se divulgó en la ciudad que los estrangeros tenian en su poder la persona de su monarca, el pueblo entregandose á todos los ímpetus del dolor y de la furia amenazó con esterminar inmediatamente los Castellanos para castigar su impía temeridad; pero luego que viéron que Moctezuma se presentó con semblante risueño, y que haciendoles señal con las manos les declaró que habia elegido de su libre voluntad residir por algun tiempo en la misma habitacion que sus amigos, el tumulto cesó, y la multitud, acostumbrada á respetar las menores muestras de la voluntad de su soberano, se dispersó tranquilamente (1).

Así es como un poderoso monarca se vió, en el centro de su capital y á medio dia, sorprendido por un puñado de estrangeros, y puesto preso, sin resistencia y sin combate. Nada presenta la historia que pueda compararse á este acontecimiento, sea por la temeridad de la empresa, sea por el éxito de la ejecucion; y si todas las circunstancias de este hecho extraordinario no estuviesen probadas por los testimonios mas

(1) B. Díaz, *cap. 95.* Gomara, *Crón. cap. 83, 26.* Cortés, *Relat. Ramus. III, p. 235, 236.* Herrera, *deca. II, lib. VIII, cap. 2, 3.*

Año de
1519.

auténticos, parecerían tan extravagantes y tan increíbles, que ni aun se descubriría en ellas el grado de verosimilitud necesario para poder ser toleradas en una novela.

Moctezuma fué recibido en el cuartel de los Españoles con todas las muestras de respeto que habia ofrecido Cortés: sus criados viniéron á servirle como de ordinario; sus principales oficiales tuviéron la entrada libre, y el monarca prisionero ejerció todas las funciones gubernativas, como si hubiese estado en perfecta libertad. Los Castellanos le guardaban sin embargo con toda la atencion que merecia un preso de tal importancia (1), cuidando al mismo tiempo de dulcificar la amargura de su situacion, dandole las pruebas exteriores mas eficaces de respeto y de afecto; pero la hora de la humillacion y del dolor está siempre muy cerca de un príncipe cautivo. Qualpopoca, su hijo, y cinco de los principales que servian bajo sus órdenes, fuéron traídos á la capital en virtud del mandato espedido por el Emperador: este los entregó á Cortés para que pudiese probar su crimen y pronunciar su castigo: fuéron juzgados por un consejo de guerra español, y aunque no habian hecho mas que cumplir con los deberes de fiéls vasallos y de buenos ciudadanos, obedeciendo á las órdenes de su legítimo soberano, y combatiendo contra los enemigos de la patria, fuéron condenados á ser que-

(1) Vease la Nota 14.

Año de
1519.

mados vivos. La ejecucion de semejantes actos de crueldad rara vez queda suspensa; asi es que las infelices victimas fuéron llevadas inmediatamente al suplicio. Se formó la hoguera con las armas almacenadas en los arsenales del Rey para la defensa pública; y un pueblo innumerable vió con muda sorpresa el doble insulto hecho á la magestad de su imperio, de que una autoridad estrangera entregase á las llamas uno de sus mejores generales por haber sabido llenar sus deberes ácia su soberano, y de que el mismo fuego consumiese las armas reunidas por la prevision de sus antepasados para la defensa del pais.

Un insulto mas cruel aun estaba reservado para el desgraciado Moctezuma. Convencido de que Qualpopoca no se hubiera atrevido jamas á atacar á Escalante si no hubiese tenido órden para ello de su soberano, Cortés no se satisfizo con la venganza que acababa de tomar en quien solo habia sido instrumento del crimen, ni quiso dejar impune su primer autor. Un momento pues ántes de que Qualpopoca saliese al suplicio, entró el general en la habitacion de Moctezuma, seguido de algunos oficiales y de un soldado que llevaba en la mano unos grillos; y acercandose al monarca con aire severo, le dijo que los criminales que iban á sufrir el castigo le acusaban de ser la causa de su atentado; que era necesario que expiase su falta; y sin esperar respuesta, mandó al soldado pusiese los grillos al Emperador, cuya órden fué ejecutada al momento. El

Año de
1519.

monarca, nutrido en la idea de que su persona era sagrada é inviolable, y considerando esta profanacion como un preludio de su próxima muerte, manifestó su dolor con quejas y llantos: sus cortesanos, asombrados de horror, se echáron á sus piés, los bañáron de lágrimas, y sosteniendo los grillos, se esforzaban con un afecto respetuoso en hacerle mas ligero su peso; pero su dolor y su desesperacion no se calmáron hasta tanto que Cortés, de vuelta de la ejecucion de Qualpopoca, mandó con semblante placentero que se quitase los grillos á Moctezuma. Este príncipe, que al principio habia mostrado una debilidad indigna de su clase, se entregó al momento á una alegría indecente, y pasó sin intermision del esceso de la desesperacion á los arrebatos del reconocimiento y del amor á sus libertadores.

Estos hechos, tales como los refieren los mismos historiadores españoles, estan sin duda en contradiccion con las qualidades que adornan á Cortés en otros puntos de su conducta. Ejercer un derecho que no puede pertenecer á un extranjero, que ni aun quiere ser tenido sino como enviado de un príncipe extraño; y aplicar la pena capital y un cruel suplicio á hombres cuya conducta debia merecer su estimacion, es una atrocidad sin ejemplo; poner grillos á un poderoso monarca, y volverle la libertad despues de haberle hecho experimentar un tratamiento tan ignominioso, es abusar del poder del modo

Año de
1520.

mas escandaloso. Esplican esta conducta diciendo que desvanecido Cortés con los buenos resultados obtenidos hasta entónces, y confiado en el ascendiente que tenia sobre los Mejicanos, nada veia difícil de emprender por temerario que fuese, ni peligroso de ejecutar; pero, al examinar la cosa por cierto punto, halláremos que sus procedimientos, aunque contrarios á la justicia y á la humanidad, pudieron ser dictados por la misma política artificiosa que el general parecia siguió constantemente. Los Españoles eran reputados por los Mejicanos como seres de una naturaleza sobrehumana; y era de la mayor importancia fomentar este error, y mantener el respeto que era su consecuencia. Cortés queria persuadir á los Indios que la muerte de un Español era el mayor de los crímenes, y nada le parecia mas propio para establecer esta opinion que condenar á una muerte cruel los primeros Mejicanos que osáron cometerle, y obligar al mismo soberano á someterse á un castigo vergonzoso para expiar la parte que habia tenido en el crimen de sus vasallos (1).

El rigor con que trató Cortés á los infelices Mejicanos que se atreviéron á poner sus manos en los Españoles, parece produjo el efecto que esperaba el general castellano. Moctezuma quedó abatido y sumiso; durante seis meses que Cortés pasó en Méjico, el monarca continuó viviendo en

(1) Vease la Nota 13.

Año de
1520.

el cuartel de los Españoles con apariencia de tranquilidad y de satisfacción, como si esta residencia fuese de su propia eleccion: sus ministros y sus domésticos le servian segun costumbre; despachaba todos los negocios; todas las órdenes eran espedidas en su nombre; el aspecto del gobierno parecia el mismo; y como subsistian sus antiguas formas, la nacion, que no veia cambio alguno, continuaba obedeciendo al soberano con la misma sumision y respeto. Los Españoles habian inspirado á Moctezuma y á sus vasallos tanto temor ó respeto, que no se hizo tentativa alguna para dar libertad al Emperador; y confiado el mismo Cortés en el ascendiente que tenia, permitia al monarca no solamente ir á los templos, sino tambien salir á cazar mas allá de los lagos, acompañado de una reducida escolta de Españoles que bastaban para imponer respeto á la multitud, y para tener en seguridad el Rey prisionero (1).

Asi es como habiendose apoderado Cortés de la persona de Moctezuma, su afortunada temeridad dió á los Españoles de una vez mas estension de autoridad en el imperio que la que hubieran podido conseguir en mucho tiempo á fuerza abierta; y ejercieron, á nombre del Emperador, un poder mucho mas absoluto que el que habrian usado en su propio nombre. Los medios empleados por las naciones civilizadas para someter las que lo son menos, han sido siempre los mismos

(1) Cortés, *Relat.* pág. 236. F. B. Diaz, *cap.* 97, 98, 99.

Año de
1520.

con corta diferencia. El sistema de ocultar una usurpacion sirviendose del nombre de los soberanos naturales del pais, y empleando los magistrados y las formas establecidas para introducir una nueva dominacion, artificios que miramos como sutiles invenciones de la política moderna; este sistema, decimos, es mas antiguo que lo que se piensa, y ha estado en uso con buen resultado en el Occidente mucho tiempo ántes de haberse practicado en el Oriente.

Cortés se aprovechó de todas las ventajas que le proporcionaba el poder que habia obtenido por los medios que se acaban de esponer. Nombró algunos Españoles propios para esta comision, y les encargó visitasen varios puntos del imperio, en compañía de los Mejicanos elegidos por el soberano para que les sirviesen de guias y de defensores. Recorrieron muchas provincias, examinaron su suelo y producciones, observaron con mas cuidado los distritos en que habia minas de oro y plata, reconocieron distintos puntos convenientes para fundar colonias de su nacion, y se esforzaron en preparar los ánimos á recibir el yugo español, mientras que Cortés, á nombre y con la autoridad de Moctezuma, destituia los principales oficiales del imperio, cuyos talentos ó espíritu de independenciam le hacian temer alguna resistencia á su voluntad, y ponía en su lugar hombres mas ineptos ó mas dispuestos á la sumision.

Otra precaucion le era aun necesaria para su completa seguridad. Era preciso apoderarse de

Año de
1520.

los lagos para cubrir su retirada, dado caso que los Mejicanos, ó por impaciencia del yugo, ó simplemente por ligereza, tomasen las armas contra él, y cortasen los puentes ó calzadas. Su destreza y la condescendencia de Moctezuma le pusieron en estado de ejecutar este proyecto. Hablando frecuentemente con su prisionero de la marina europea y del maravilloso arte de la navegacion, escitó su curiosidad, y le inspiró el deseo de ver estos palacios móviles que sin el auxilio de remos caminan sobre las aguas: con este objeto, le persuadió Cortés que mandase traer una parte de los aparejos de la flota depositados en Veracruz, y que hiciese cortar y preparar las maderas; hecho lo cual, los carpinteros españoles construyéron muy pronto dos bergantines, que fuéron para Moctezuma un frívolo entretenimiento, y para Cortés un recurso cierto en caso de verse obligado á retirarse.

Animado con tantas pruebas de la servil sumision del monarca á todos sus deseos, Cortés se atrevió á proponerle una prueba aun mucho mas fuerte, pues le instó con eficacia á que se reconociese vasallo del Rey de Castilla, como si hubiese recibido la corona de su mano, y á que le pagase un tributo anual. Moctezuma se sometió tambien á este sacrificio, el mas sumiso que puede exigirse de un soberano absoluto. Se convocáron los grandes del imperio: Moctezuma, en un discurso que pronunció, les recordó las tradiciones y profecías que anunciaban desde muy antiguo

Año de
1520.

la venida de un pueblo de su misma raza, que debia tomar posesion del supremo poder; les declaró que creia que los Españoles fuesen este pueblo, que reconocia los derechos de su soberano al imperio de Méjico, que queria poner la corona á sus piés, y ser en lo venidero su tributario. Al pronunciar su discurso, el desgraciado príncipe dejó entrever la dolorosa sensacion que le causaba el sacrificio que se le obligaba á hacer, pues las lágrimas y suspiros le cortáron frecuentemente las palabras, prueba cierta de que, á pesar del abatimiento de su ánimo y de su valor, aun conservaba bastante idea de su dignidad para experimentar las angustias que despedazan el corazon de un soberano forzado á despojarse del supremo poder. A las primeras palabras que diéron á conocer su resolucion, la asamblea quedó asombrada, é inmediatamente se levantó un murmullo confuso que espresaba á la vez el dolor y la indignacion. Los Mejicanos diéron señales de querer tomar medidas violentas; pero Cortés las previno oportunamente, declarando que su amo el Rey no intentaba privar á Moctezuma de su corona, ni hacer innovacion alguna en la constitucion y en las leyes del imperio; y esta seguridad, sostenida por el miedo que inspiraban los Españoles, y por el ejemplo de sumision que daba el mismo Emperador, arrancó de la reunion un consentimiento forzado (1). Este acto de pleito

(1) Vease la Nota 16.

Año de 1520. homenage á la corona de España fué acompañado de todas las solemnidades que los Castellanos tuvieron por conveniente prescribir (1).

Moctezuma, á solicitud de Cortés, añadió al acto de reconocimiento un magnífico presente para su nuevo señor, y los vasallos por imitarle tomaron parte en esta contribucion. Los Españoles reunieron todo lo que aquel les habia dado voluntariamente, y cuanto les habian producido las estorsiones hechas á los Mejicanos con varios pretestos: se fundió el oro y la plata, y estos metales, sin contar las alhajas y adornos de varias clases que se guardaron tales como estaban por la belleza del trabajo, compusieron la suma de seiscientos mil pesos. Los soldados esperaban con impaciencia el repartimiento de esta cantidad: Cortés quiso satisfacerlos. Se separó el quinto como derecho del Rey de España; otro quinto se reservó para Cortés como comandante en jefe; se dedujéron del remanente las sumas adelantadas por Velazquez, Cortés y algunos otros oficiales, para los gastos del armamento; el resto se repartió entre las tropas, con inclusion de la guarnicion de Veracruz, oficiales y soldados, en proporcion á su clase; y despues de tantas deducciones la parte de cada soldado no pasó de cien pesos. Esta cantidad era tan inferior á sus esperanzas, que algunos soldados desdenaron recibirla, y otros murmuraron tan al descubierto,

(1) Cortés, *Relat.* 238. D. B. Diaz, *cap.* 101. Comara, *Cróm.* *cap.* 92. Herrera, *decad.* II, *lib.* X, *cap.* 4.

Año de 1520. que Cortés tuvo necesidad de servirse de mucha maña y de grandes liberalidades para apaciguarlos. Estas quejas no eran absolutamente infundadas: no habiendo el gobierno español contribuido á los gastos del armamento, los soldados veian con dolor que se le abandonaba la mayor parte de los tesoros que ellos habian adquirido con tantos trabajos y con su sangre: la parte del general, teniendo consideracion á las ideas que se formaban de las riquezas en el siglo décimo sexto, componia una cantidad enorme; y algunos de los favoritos de Cortés se habian apropiado secretamente varias alhajas de oro, que no pagaron el quinto deducido para el Rey, ni entraron en la masa comun, aunque parece que los objetos extraviados no debian ser de mucho valor, porque en aquellas circunstancias el general tenia interes en que la parte del Rey fuese muy valiosa.

La suma amontonada por los Españoles no corresponde á las ideas que se tenian comunmente de las riquezas de Méjico, segun las descripciones que nos hacen los historiadores de su antiguo esplendor, y segun el actual producto de sus minas; pero es preciso advertir que entre los antiguos Mejicanos el oro y la plata no eran la medida del valor de las otras mercancías, y que no influyendo esta circunstancia en su precio, estos metales eran solamente buscados como adornos ó alhajas. Eran consagrados á los dioses en los templos, ó empleados como señales de distincion por los príncipes y por las personas de la primera

Año de
1520.

clase. Como los objetos de oro y plata solo sufrían un débil menoscabo con el uso, los pedidos que de ellos podían hacerse no eran bastante grandes para escitar la industria de los Mejicanos á aumentar su cantidad por el trabajo de las minas de que abunda su país; este arte además les era absolutamente desconocido: así es que todo el oro que poseían era el recogido en la madre de los ríos, ó nativo y tal como las minas le presentan (1). El mayor esfuerzo de su industria en la rebusca de este metal estaba reducido á lavar las tierras desprendidas de las montañas por los torrentes, para separar los granos de oro; y aun esta operación tan sencilla se hacía con muy poca destreza, según el informe de los Españoles enviados por Cortés á examinar el estado de las provincias en que esperaban hallar minas (2). Por efecto de estas distintas causas, la masa de oro existente entonces en Méjico no podía ser muy grande. La de plata debía ser aun menor, porque rara vez se encuentra perfectamente puro este metal, y porque los Indios no sabían todavía el uso de las operaciones necesarias para extraerle de su mina y purificarle (3): así es que aun cuando los Españoles usando de todo su poder se hubiesen abandonado al último exceso de codicia por satisfacer la mayor de sus pasiones,

(1) Cortés, *Relat.* pág. 236. B. Díaz, *cap.* 102, 103. Gomara, *Crón.* cap. 90.

(2) B. Díaz, *cap.* 103.

(3) Herrera, *decad.* II, lib. IX, cap. 4.

Año de
1520.

la sed del oro, y aun cuando Moctezuma hubiese agotado sus tesoros para saciarla, el producto de estos dos principios, que formaban la mayor parte de los metales preciosos del imperio, no habría excedido de la suma que hemos indicado (1).

Pero, por condescendiente que fuese Moctezuma por todo cuanto Cortés había exigido de él, su firmeza fué inflexible acerca de un punto. En vano le instó el general con todo el celo importuno de un misionero á renunciar á sus falsos dioses y á abrazar la fé cristiana, pues siempre desechó con horror la proposición. La superstición estaba tan profundamente grabada en el corazón de los Mejicanos, porque se había establecido entre ellos bajo un sistema completo y arreglado; y mientras que los demás pueblos groseros de las otras regiones de la América abandonaban fácilmente un corto número de nociones y de ceremonias religiosas; poco estables para merecer el nombre de religion nacional, los Mejicanos permanecían obstinadamente apegados á su culto, bárbaro como era, porque estaba acompañado de cierta solemnidad, y practicado con una regularidad que le hacía respetable á sus ojos. Viendo Cortés que todos sus esfuerzos no podían conmovér la firmeza de Moctezuma, se enfureció tanto con su obstinación, que en un arrebato de celo se puso á la cabeza de sus soldados para marchar á destruir los ídolos del templo mayor de

(1) Véase la Nota 17.

Año de
1520.

Méjico; pero los sacerdotes tomando las armas, y corriendo el pueblo en tropel á la defensa de sus altares, el general se vió forzado á moderar por último su ardor, y se resolvió á renunciar á esta temeraria empresa, despues de haber quitado solamente un ídolo de su nicho, y colocado en él la imágen de la Virgen María (1).

Desde este momento, los Mejicanos que habian sufrido la prision de su soberano y las exacciones de los estrangeros casi sin resistencia, comenzáron á pensar en arrojar de su seno ó en esterminar los Españoles, y se creyeron obligados á tomar venganza de los insultos hechos á sus divinidades. Los sacerdotes y los principales Mejicanos tuvieron varias entrevistas con Moctezuma relativamente á este asunto; pero como este príncipe podia ser la primera víctima de una empresa violenta intentada contra los Españoles miéntras estuviere en su poder, quiso hacer uso ántes de medios mas suaves. En consecuencia de esto mandó llamar á Cortés, y le dijo que estando completamente verificadas las miras que los Españoles se habian propuesto viniendo á Méjico como diputados de su soberano, la voluntad de sus dioses y el deseo de sus pueblos eran que saliesen inmediatamente del pais, y que les rogaba se preparasen á marchar, pues que de otro modo temia todo por ellos de parte de la nacion. Esta proposicion y el tono decidido con que se hizo manifestáron á Cortés

(1) Vease la Nota 18.

Año de
1520.

que era el resultado de algun gran proyecto concertado entre Moctezuma y sus vasallos: entendió al momento que seria mas ventajoso aparentar que cedía al deseo del monarca, que intentar inoportunamente contradecirle; y respondió, sin vacilar y sin turbarse, que se habia ya ocupado de su vuelta, pero que, como habia destruido las naves en que vino, necesitaba algun tiempo para construir otras. La respuesta pareció razonable: en su virtud el Emperador despachó á Veracruz obreros mejicanos que cortasen las maderas bajo la direccion de algunos carpinteros españoles, y Cortés se lisonjeó con que durante este tiempo encontraria medios de evitar el peligro, ó de recibir refuerzos que le pusiesen en estado de arrostrarle.

Cerca de nueve meses habian pasado desde que Portocarrero y Montejo habian salido para España, encargados de sus pliegos y regalos. Cortés esperaba de un dia á otro su vuelta, y la confirmacion de su autoridad de mano del Rey, pues sin este requisito su estado era incierto y precario; y despues de haber ejecutado cosas de tanta importancia, su destino podia hacer que se le llamase rebelde y traidor, y que sufriese un castigo como tal. Por muy estendidos y rápidos que hubiesen sido sus progresos, no podia prometerse llevar á cabo la conquista de un grande imperio con el reducido número de tropas que le quedaban, disminuido aun por los trabajos y enfermedades, ni recibir refuerzo alguno de los

Año de
1520.

establecimientos españoles de las islas, sin haber ante todas cosas obtenido del Rey la aprobacion de todo lo que habia hecho hasta entónces.

Mientras se hallaba en esta cruel situacion, inquieto por lo pasado, incierto por lo futuro, y rodeado de temores que se aumentaban por la última declaracion de Moctezuma, se supo en Méjico que algunos barcos aparecian sobre la costa. Cortés se alegró, creyendo que Portocarrero volvia de España, y que sus deseos iban en fin á tener feliz resultado: comunicó á sus compañeros estas agradables noticias, que recibieron con júbilo; mas su gozo no fué de mucha duracion. Un correo de Sandoval, que habia sucedido á Escalante en el mando de Veracruz, instruyó á Cortés de que el armamento avistado habia sido formado por Velazquez, gobernador de Cuba, y que, en lugar de traerle los socorros que esperaba, venia destinado precisamente contra él.

Los motivos que indujéron á Velazquez á tomar este partido violento eran evidentes. El gobernador de Cuba pudo sospechar, desde que Cortés se hizo á la vela, que este trataba de salir absolutamente de su dependencia: sus sospechas se fortificáron cuando vió que no se le daba cuenta alguna de las operaciones, y pasáron á ser evidencia por la indiscrecion de los oficiales que Cortés envió á la corte de España. Portocarrero y Montejo, por motivos que los historiadores contemporáneos no nos han manifestado con bastante claridad, tocáron en la isla de Cuba contra

Año de
1520.

las órdenes positivas de su general (1). Velazquez supo de ellos que Cortés y sus compañeros, despues de haber renunciado formalmente á toda relacion con él, habian establecido una colonia independiente en la Nueva España, y que pedian al Rey la confirmacion de cuanto habian hecho: le instruyéron tambien de la riqueza del pais, de los magnificos regalos que Cortés habia recibido, y de las esperanzas que tenia este general de estender y afirmar mas y mas su poder en aquellas nuevas regiones.

Todas las pasiones que pueden agitar un espíritu ambicioso; la vergüenza de haber sido tan groseramente engañado; la ira por la traicion de un hombre que él mismo habia elegido, y en quien habia puesto toda su confianza; el dolor de haber empleado una parte de su fortuna para engrandecer un enemigo, y la ninguna esperanza de tener otra tan buena ocasion para establecer su fortuna y estender su autoridad: todos estos motivos reunidos obligáron al gobernador á hacer los mayores esfuerzos para tomar una venganza ruidosa de su contrario, y para privar á Cortés de sus conquistas, y de la autoridad que habia usurpado. Tenia tambien razones plausibles para justificar esta tentativa, pues el informe que hizo pasar á España del viage de Grijalba habia sido bien recibido; y en vista de las muestras de las

(1) B. Diaz, *cap.* 54, 55. Herrera, *dec.* II, *lib.* V, *cap.* 14. Gomara, *Cron.* *cap.* 96.

producciones y riquezas de la Nueva España enviadas por él, se habia formado en la corte una idea tan ventajosa de esta region, que Velazquez fué autorizado para continuar su descubrimiento, y se le nombró gobernador durante su vida, con poderes y privilegios mas estensos que los otorgados á los aventureros que habian sucedido á Colon (1). Envanecido con estas pruebas de un favor tan distinguido, y autorizado á mirar á Cortés no solamente como usurpador de su gobierno sino tambien como rebelde á las órdenes del Rey, se resolvió á vengar con las armas los derechos y las prerogativas de su soberano (2). Apresuró los preparativos de su expedicion con todo el ardor que podia esperarse de las violentas pasiones de que estaba animado, y en poco tiempo puso en pié un armamento que consistia en diez y ocho naves, ochenta hombres de caballería, ochocientos de infantería, de los cuales ochenta eran mosqueteros, ciento veinte ballesteros, y ademas doce piezas de cañon. Velazquez habia ya conocido el peligro de confiar á otro la expedicion que él mismo debiera dirigir; pero este conocimiento no le hizo mas emprendedor. Dió el mando de este cuerpo formidable, que en la infancia del establecimiento de los Españoles en América podia muy bien llamarse ejército, á Pamphilo de Narvaez, con orden de apoderarse

(1) Herrera, *decad. II, lib. III, cap. 11.*

(2) Vease la Nota 19.

de la persona de Cortés y de sus principales oficiales, de remitirselos presos, y de acabar en su nombre el descubrimiento y conquista del pais.

Despues de un feliz viage, Narvaez desembarcó sus tropas sin oposicion cerca de San Juan de Ulua. Tres soldados enviados en busca de las minas de aquel distrito se le reuniéron, y no solamente le diéron noticia de la situacion de Cortés, sino que como habian hecho algunos progresos en el conocimiento de la lengua mejicana, encontró en ellos intérpretes que le pusiéron en estado de entablar alguna comunicacion con los naturales del pais. Es verdad que, por un artificio vil y bajo, estos desertores tratáron mas bien de lisonjear á Narvaez con agradables esperanzas, que de decirle la verdad; pues le representáron la situacion de Cortés tan desesperada, y el descontento de sus tropas tan general, que la vanidad natural de Narvaez se aumentó mucho con estas noticias. Su primera operacion, sin embargo, debiera haberle inspirado alguna desconfianza en las relaciones de sus espías; porque habiendo mandado intimar al gobernador de Veracruz la rendicion, Guevara, eclesiástico encargado de esta comision, la cumplió con tanta insolencia, que Sandoval, hombre de valor y muy afecto á Cortés, lejos de obedecer, se apoderó de él y de los que le acompañaban, y los envió presos y encadenados á Méjico.

Abril.

Cortés los recibió no como á enemigos, sino como á amigos; y reprobando la severidad de San-

doval, los puso inmediatamente en libertad. Este acto de clemencia, practicado oportunamente y acompañado de agasajos y de presentes, le ganó su confianza, y por medio de ellos adquirió instrucciones acerca de las fuerzas y proyectos de Narvaez, las cuales le hicieron conocer toda la estension del peligro que le amenazaba. No eran Indios desnudos los que Cortés debía combatir, sino un ejército que no cedia al suyo en valor ni en disciplina, y que le aventajaba en número, que obraba en nombre y con autoridad del monarca, y que estaba mandado por un oficial de conocido valor. También tuvo noticia de que Narvaez, mas ocupado en auxiliar el resentimiento de Velazquez, que zeloso de mantener la gloria del nombre español, y aun los intereses de su patria en el comercio con los Indios, les habia pintado á él y á sus compañeros como proscriptos, culpables de rebeldía á su propio soberano, y de injusticia á los Mejicanos, cuyo pais habian invadido: Narvaez añadía además, que su venida no tenia otro objeto que el de castigar sus opresores, y el de librar á Méjico de su tiranía. Cortés conoció desde luego que Moctezuma habia dado acogida á estas impresiones poco favorables; supo que Narvaez habia hallado medio de asegurar al Emperador que la conducta de los Españoles que le tenían preso no era aprobada por el Rey su amo, y que estaba encargado no solamente de ponerle en libertad, sino tambien de restituirle su antigua autoridad y toda su independencia. Las provin-

cias, esperando desde entónces poder sacudir el yugo de estos estrangeros, comenzaron á sublevarse abiertamente contra Cortés, y á mirar á Narvaez como un hombre que podia y deseaba librarlos de la opresion: el mismo Moctezuma mantenía correspondencia secreta con el nuevo comandante, y parecia implorar su ayuda mirándole como superior en fuerzas y en dignidad á los Españoles que hasta entónces habia respetado como á los primeros de los hombres (1).

Tales eran los cuidados y peligros en que se hallaba Cortés, y es imposible imaginar una situacion que pudiese poner su talento y su valor á una prueba mas crítica, y en que fuese mas difícil tomar un partido. Si esperaba en Méjico la llegada de Narvaez, su pérdida era inevitable; porque mientras los Españoles le estrechasen por un lado, los habitantes, que á pesar de su autoridad y cuidados apenas podian ya ser contenidos en la sumision, aprovecharian con ansia esta ocasion para vengarse de todo cuanto habian sufrido. Si abandonaba la capital poniendo en libertad al monarca cautivo, y salía al encuentro del enemigo, perdía de una vez el fruto de sus trabajos y de sus victorias, y renunciaba á ventajas que jamas hubiera vuelto á recobrar sin hacer esfuerzos extraordinarios, y sin correr infinitos riesgos. Finalmente, si en lugar de combatir intentaba un acomodamiento con Narvaez, el orgullo natural

(1) Vease la Nota 20.

de este oficial, fomentado por este mismo procedimiento de Cortés, seria un obstáculo insuperable para el buen resultado de su negociacion. Despues de haber examinado y comparado estos distintos proyectos con la mayor atencion, Cortés se decidió por el que era mas difícil de ejecutar, pero que debía ser mas glorioso para su patria si el éxito era feliz. Se armó de la resolucion y de la intrepidez necesarias en las situaciones que solamente dejan un objeto de esperanza, y se determinó á hacer un grande y valeroso esfuerzo, aventurandose á combatir, á pesar de todas sus desventajas, ántes que á sacrificar sus conquistas y los intereses de la España en Méjico.

Aunque Cortés previó que siempre seria necesario decidir á mano armada sus diferencias con Narvaez, juzgó que podria tenerse no solamente por indecoroso sino por criminal el atacar á sus compatriotas, sin haber intentado anticipadamente alguna via de negociacion. Al efecto, se sirvió del P. capellan Olmedo, cuyo carácter era muy propio para este ministerio, y que tenia ademas la maña y prudencia necesarias para manejar las intrigas secretas que Cortés proyectaba procurarse entre las tropas de Narvaez, que era en lo que ponía su mayor confianza. Narvaez despreció todas las proposiciones de acomodamiento que le hizo Olmedo, y apenas pudo conseguirse que no maltratase á este eclesiástico y á los que le acompañaban; pero los enviados de Cortés fuéron mas favorablemente recibidos de

la tropa. Estos habian traído varias cartas de su jefe y de sus oficiales para sus antiguos amigos y camaradas, á las cuales acompañaban algunos regalos, como anillos, cadenas de oro, y otras alhajas preciosas, propias para dar á estos aventureros grandes ideas de la riqueza de Cortés, y para hacerles suspirar por la felicidad de aquellos de sus compatriotas que servian á sus órdenes. Otros, animados del amor del bien público, querian que se evitase una guerra civil que no podria menos, cualquiera que fuese el vencedor, de conmover y aun acaso de trastornar enteramente la dominacion española en un pais en que aun estaba tan imperfectamente establecida. Narvaez no se dignó seguir ninguno de estos dictámenes, y declaró por un acto público á Cortés y á sus compañeros rebeldes y traidores á su patria. Es creíble que Cortés, conociendo la arrogancia de Narvaez, esperaba esta respuesta: así es que dada una prueba de sus disposiciones pacíficas, y justificada de este modo la necesidad en que se veía de recurrir á otros medios, se resolvió á marchar contra un enemigo que habia intentado aplacar inútilmente.

Al salir de la capital, dejó en ella ciento cincuenta hombres á las órdenes de Pedro de Alvarado, oficial de mucho valor, y por quien aun los mismos Mejicanos habian concebido mucho respeto; y á esta débil guarnicion confió la custodia de una gran ciudad, la de los tesoros que habia amontonado, y, lo que aun es mas importante, la del monarca prisionero. Se sirvió de toda

Mayo.

Año de
1520.

su maña para ocultar á Moctezuma la verdadera causa de su marcha: procuró persuadirle que los extranjeros nuevamente llegados eran sus amigos, vasallos del mismo soberano, y que despues de una corta entrevista se reunirían todos para volver á su patria. Moctezuma no pudiendo penetrar los designios de los Españoles, ni conciliar lo que oía con las declaraciones de Narvaez, temiendo por otra parte manifestar alguna señal de sospecha ó de desconfianza con respecto á Cortés, le prometió permanecer tranquilo en medio de los Españoles, y de tener con Alvarado las amistosas disposiciones que habia mantenido con él. El general salió de Méjico, mas confiado en las órdenes que dejaba á Alvarado relativamente á la vigilante guarda del prisionero, que en las promesas de este.

Sus tropas, reunidas con Sandoval y la guarnición de Veracruz, no pasaban de doscientos cincuenta hombres. Como ponía su principal confianza en la celeridad de sus movimientos, solo habia llevado consigo muy poco bagage y artillería; pero temiendo la caballería enemiga, tomó precauciones contra esta desventaja con la sagacidad de un gran capitán. Habia observado que los Indios de la provincia de Chinantla se servían de picas muy largas y fuertes; dió pues á sus soldados esta arma, la mejor que pudiera emplearse contra la caballería, y los acostumbrió á mantenerse bien cerrados para hacer de ella un uso ventajoso.

Año de
1520.

Cortés con su pequeño trozo avanzó á Zempoala, de cuyo punto se habia apoderado Narvaez. Durante su marcha repitió las proposiciones de acomodamiento; pero exigiendo Narvaez que Cortés y sus compañeros le reconociesen inmediatamente por gobernador de la Nueva España, en virtud de los poderes que tenia de Velazquez, y rehusando Cortés someterse á cualquiera autoridad que no dimanase inmediatamente del Rey de España (Emperador á la sazón), bajo cuya protección se habia puesto su naciente colonia, quedaron sin resultado las negociaciones; mas la comunicacion que se estableció con este motivo entre los dos ejércitos proporcionó grandes ventajas á Cortés, procurandole ocasiones de ganar algunos oficiales de su enemigo por medio de regalos, de atraerse la voluntad de otros por el aire de moderacion con que procedía, y de deslumbrar á todos por las riquezas de que sus soldados hacían ostentacion, presentandose adornados de brazaletes, de cadenas y de otras alhajas de oro. Todo el ejército de Narvaez, á escepción del gefe y de un corto número de hechuras suyas, propendía á un acomodamiento con sus compatriotas; pero esta disposición irritó y enfureció la violencia de su carácter. Puso precio á la cabeza de Cortés y á las de sus principales oficiales; y habiendo sabido que su reducida tropa distaba solamente una legua de Zempoala, miró este atrevimiento como un insulto digno de pronto castigo, para lo cual marchó á presentarle la batalla.

Año de
1520.

Cortés tenía mucho talento y experiencia para combatir un enemigo tan superior en número, sin estar en posesion de un punto ventajoso: dejó pues entre él y Narvaez el río de las Canoas, y desde allí vió la llegada del enemigo sin inquietud, y oyó sus bravatas con desprecio. Empezaba entónces la estacion de las lluvias que caian ya con toda la violencia que se nota en la zona tórrida. Los soldados de Narvaez, poco acostumbrados á los trabajos del servicio militar, murmuraban altamente de verse espuestos en aquella situacion, sin necesidad á su modo de entender; y su general, cediendo á la impaciencia de la tropa y despreciando ademas sus enemigos, consintió en retirarse á Zempoala. Las mismas circunstancias que le determinaban á dar este paso, estimuláron á Cortés á intentar una accion con que esperaba terminar la guerra de un solo golpe. Observó que sus soldados endurecidos con las fatigas, aunque espuestos sin tiendas ni otro abrigo á los torrentes de lluvia que no cesaban de caer, lejos de desanimarse conservaban toda su buena voluntad y su actividad: preveia que los de Narvaez se entregarían naturalmente al descanso, y que juzgando de sus enemigos por su propia poltronería, se creerian á cubierto de todo ataque en un tiempo tan poco á propósito para una accion. Siguiendo estas observaciones, resolvió aprovecharse de la oscuridad de la noche, que era cuando la sorpresa y el terror podrian compensarle ventajosamente la inferioridad del número. Sus soldados conven-

Año de
1520.

eidos de que su único recurso estribaba en un extraordinario esfuerzo de valor, aprobáron su resolucion con tanto ardor, que Cortés en el discurso que les dirigió ántes de emprender la marcha, tuvo necesidad de ocuparse mas en moderar su entusiasmo que en fomentarle. Formó tres trozos de su tropa, y dió el mando del primero á Sandoval, quien tuvo tambien la comision no menos importante que peligrosa de apoderarse de la artillería colocada delante de la principal torre del templo en que Narvaez habia establecido su cuartel. Cristoval de Olid, que mandaba la segunda division, fué encargado de atacar la torre y de sostener á Sandoval. Cortés conducia la tercera, que era la menor, y que formaba un cuerpo de reserva destinado á acudir á los puntos en que se tuviese necesidad de su auxilio. Fué necesario pasar desde luego el río de las Canoas, lo que no se verificó sin dificultad, porque se habia engrosado con las lluvias, y el agua ilegaba á los soldados casi hasta el cuello. Se caminó en seguida con el mayor silencio, sin batir tambor y sin ruido alguno de instrumento militar: cada hombre estaba armado de una espada, de un puñal y de una pica de Chinantla. Narvaez, cuya negligencia era proporcionada á su confianza, solo habia dejado dos centinelas para observar los movimientos de un enemigo tan temible por muchas razones: una de ellas fué cogida por la vanguardia de Cortés, y la otra se escapó y llegó á la ciudad bastante oportunamente

Año de 1520. para dar á Narvaez tiempo de prepararse á recibir al enemigo; pero la ceguedad y presuncion de este general le hicieron perder momentos muy preciosos. Trató al centinela de cobarde, juzgó quimeras los avisos que se le daban, no pudiendo imaginar que Cortés se atreviese á atacarle con fuerzas tan desiguales. Los gritos de los que daban el asalto le convencieron por último de que el riesgo que habia despreciado era real; pero la prontitud del ataque fué tal, que la division de Sandoval, despues de haber sufrido un solo cañonazo, se apoderó de la artillería, y comenzó á avanzar ácia la torre. Narvaez, cuya bravura era tan grande como su presuncion, se arma á la ligera, y con sus palabras y ejemplo anima sus soldados al combate. Olid marcha para sostener á sus compañeros, y el mismo Cortés ganando la delantera dirige y apresura el ataque con nuevo vigor. Este reducido cuerpo cierra sus líneas, y presentando con sus largas picas un frente impenetrable destruye todo cuanto se le opone: llega muy luego á las puertas de la torre, y combate para apoderarse de ella, cuando habiendo un soldado puesto fuego á las cañas de que estaba formado su techo, Narvaez se vé obligado á salir de ella. Al primer choque fué herido en el ojo de un picazo, echado á tierra, y puesto en prision con grillos.

Tan pronto como esto sucedió se oyéron gritos de victoria. Los que habian acompañado á Narvaez en su salida sostenian débilmente el combate, ó empezaban á rendirse: el terror y la con-

fusion se apoderaron de los que se defendian aun en dos torres pequeñas del templo. La oscuridad era tal, que no podian distinguirse los amigos de los enemigos; su propia artillería hacia fuego contra ellos; y á cualquiera parte que volviesen la vista, los insectos luminosos que en los paises calientes y húmedos son tan abundantes, y que brillan por la noche, se ofrecian á su imaginacion exaltada como otros tantos enemigos armados de arcabuces, que se avanzaban con la mecha encendida. Finalmente, despues de una corta resistencia, los soldados obligaron á sus gefes á capitular, y ántes de amanecer todos habian rendido las armas y sometidose al vencedor.

Una victoria tan completa era tanto mas feliz cuanto que apenas habia costado sangre. Cortés habia perdido dos hombres, y de los de Narvaez solo murieron dos oficiales y quince soldados. El vencedor trató á los vencidos como amigos y compatriotas, y les dejó elegir entre volver directamente á Cuba, ó entrar á su servicio para tener parte en su fortuna, con las mismas condiciones que sus antiguos soldados. Esta segunda proposicion, apoyada con algunos regalos y con muchas promesas, lisonjeó de tal modo las abultadas esperanzas que los habian determinado á seguir á Narvaez, que fué aceptada por todos los soldados de este, á escepcion de un corto número de sus mas celosos partidarios; y todos á porfia hicieron protestas de una adhesion inviolable al general que acababa de dar pruebas tan